



¡SALVE, REINA DE ESPAÑA!



Gentilísima y bella, arrogante y esbelta, —diríamos que como una palma real sino fuera porque por su estirpe, por su sin par belleza, por sus virtudes arisoladas, por sus bondades infinitas, por tantas y tan excelentes cualidades reúne en sí todas las realezas— es la augusta soberana española.

Esposa y madre amantísima, alma generosa que se complace en prodigar consuelo y ayuda al pueblo pobre español instituyendo y sosteniendo de su particular peculio casas-asilos para ancianos y niños, hospitales y sanatorios, creches y tómbolas, repartiendo a manos llenas incontables monedas que parecen como medallones salidos del oro purísimo de sus magníficos cabellos, magno exponente de su caridad inextinguible, manantial inagotable de bondades nacido de su generoso corazón, así es Su Majestad la Reina Doña Victoria - Eugenia de Battemberg que con Don Alfonso XIII comparte el Trono de España.

Y la augusta dama que tan de cerca y constantemente cuida del dolor ajeno, del dolor de los humildes, de los desvalidos, de los menesterosos, profiriendo, siempre cariñosa, sonriente siempre, frases consoladoras plenas de halagadoras esperanzas para los enfermos, para los desesperados de recobrar su salud perdida, háse



visto en estos últimos tiempos, hace poco más de un mes, transida por su propio dolor.—que el dolor, como el infortunio, no respeta jerarquías— al ver a su amadísimo hijo, a su primogénito, el joven Príncipe de Asturias casi en las garras de la Parea, atacado de una de las más terribles de las enfermedades. Y el dolor, su inmenso dolor de madre sufrido a la cabecera del hijo casi extenuado por el grave mal, ha puesto a prueba la magnanimidad de su corazón, haciendo brotar de sus ojos esmeraldinos copiosas lágrimas que, cual perlas finísimas, más finas y más nítidas que las perlas de sus magníficos collares, cayeran rodantes sobre su pecho dolorido por su inmensa tribulación.

Pero la Virgen de Covadonga—por quien la bella soberana siente fervorosa devoción— le ha salvado al amor de sus amores, a su hijo, premiando, en parte, sus inmarcesibles cualidades de madre y de reina, devolviendo la tranquilidad a su espíritu atormentado y haciendo salir a flor de labios una sonrisa reveladora de sus más fervientes y acariciadas esperanzas.

Y hoy la Reina sonríe, desaparecido su dolor, y sigue acudiendo, como siempre, cariñosa y solícita ante el dolor ajeno, otorgando constantemente el caudal infinito de su noble corazón.